

(No venia Remite)

Nº de edes, 93

[Redacted]
[Redacted]
Oviedo

J. C. López Ibarra

Querido compañero: te
mando este artículo por si
te interesa: en él es, una
referencia principal.

Que suya como puede

de amistad y de los
mejores deseos para ti
en este día 94



Notas al margen

La renovación de Asturias

GERMAN OJEDA



En su último viaje ministerial, el presidente Trevin volvió a traernos el plan de dinamización como regalo. A propósito, LA NUEVA ESPAÑA denunciaba en un editorial el fiasco de ese mal llamado «plan de dinamización» y planteaba la necesidad de un verdadero plan de salvación «para atacar la gravísima crisis específica que vive nuestra región, un plan global que —añadía el periódico— no llegará si en el Gobierno asturiano y el partido que lo sustenta siguen prevaleciendo un comportamiento temeroso y una actitud dócil» hacia Madrid.

Invitado por el Ateneo Jovellanos, me tocó hablar la semana pasada en Gijón de ambas cosas, de la crisis económica y política que vive Asturias. Y una cosa quise dejar clara para empezar la conferencia: que tenemos en la región una altísima conciencia de la gravedad de la crisis económica, pero que gobernados desde la transición democrática por el mismo partido —el PSOE— tenemos muy poco de la crisis política que atravesamos. Dije, además, que no podremos afrontar con éxito una transformación de los problemas estructurales de la economía regional desde la crisis política, desde la falta de impulso institucional y desde la marginalidad autonómica. Dije que Asturias debe volver a recuperar el lugar de primera fila que le correspondía en el mapa de España, pero que no tendremos ninguna salida con la derecha o sin una izquierda (toda la izquierda) renovada, que el clientelismo económico y político que nos tiene enfeudados a Madrid ya no da para más. Dije, en fin, que para renovar el tejido económico de nuestra tierra es necesario renovar el entramado político, porque Asturias no puede seguir representada por una junta sin representatividad y por un presidente interino que gobierna la región como una pedanía rural.

Me explico. La realidad de la crisis económica asturiana es abrumadora: se lee en los periódicos, se sufre en las familias, se palpa en todas partes: llevamos más de veinte años —desde la nacionalización de la minería y la siderurgia— hablando de ella sin parar. Según datos que aportaba en un estudio reciente mi compañero Juan Vázquez, entre 1985 y 1992 todos los sectores de la economía asturiana han perdido peso relativo, han visto recortada su participación en el conjunto nacional: de 1,9 a 1,7 por 100, en la agricultura; de 4,2 a 3,5, en la industria; y de 2,3 a 2,1, en los servicios. El PIB por habitante registra un notable descenso desde el 95,9 por ciento en 1985 al 87,1 en 1992. Sólo las rentas familiares disponibles se mantuvieron estos años gracias a los flujos de transferencias públicas vía prestaciones al desempleo y pensiones. Y por lo que sabemos de 1993, el PIB regional sigue cayendo, los expedientes de regulación de empleo han crecido un 75 por 100 y la tasa de paro para los menores de 25 años es del 50 por 100. Total, un desastre.

Todos los sectores están en crisis, y todas las zonas industriales y todas las comarcas agrarias y todas las empresas, incluidas las constructoras. Y frente a la permanente

petición de reindustrialización se impone la realidad de la desindustrialización. No se monta una industria, no se crea un empleo, no se abre un mercado. Nada de nada, salvo la excepción de la Du Pont, que confirma la regla. En realidad, no hay desindustrialización, hay desmantelamiento industrial. Y lo que es peor, están en marcha o en Bruselas nuevas reconversiones de mayor envergadura que las anteriores en Hunosa y Ensidesa, los dos pilares —todavía— de la economía asturiana, precisamente en un momento de crisis generalizada y restricciones presupuestarias, que, en palabras del profesor Vázquez, «limitan seriamente el margen de las medidas y acciones de cobertura social y compensación territorial de los ajustes, y condicionan negativamente las posibilidades de crecimiento de la economía regional».



Instalaciones de Du Pont en Tamón.

Así que lo más grave está aún por venir, por eso, efectivamente, necesitamos un plan de salvación.

La crisis política

Pero también de salvación política, porque, sinceramente, ¿alguien cree que con esta política regional, con este Gobierno regional, con este presupuesto regional, Asturias va a poder levantarse? Asturias va a poder levantarse con una voz unánime para exigir en Madrid y en Bruselas soluciones, pero para nuestra desgracia vivimos una crisis política e institucional sin precedentes, porque la Cámara autonómica es un simple parlamento de papel y porque hemos cambiado cuatro veces de presidente dentro de un mismo partido para no arreglar nada.

Ahora tenemos un presidente interino que va a Madrid de vez en cuando a ver a ministros (todavía no tuvo la ocurrencia de ir a Bruselas, donde también se decide el futuro de nuestras empresas), pidiendo ayudas para la promoción turística de la región, mientras se atreve a criticar el papel de las empresas públicas que sostienen de momento nuestras rentas y nuestro nivel de vida. En plena enrocada, en el peor momento de la crisis, Asturias está gobernada sin ideas y sin pulso, no tiene quien la represente con firmeza y credibilidad, porque Trevin gestiona nuestra comunidad como aprendió a gestionar un municipio rural: yendo de visita por los

pueblos, saludando a los paisanos. El ruralismo de su gestión es proverbial, así que las instituciones autonómicas recuerdan cada vez más a la vieja Diputación, aquella oficina de fomento al servicio de camisas viejas y constructores.

Este ruralismo, esta gestión de pedanía que preside hoy Trevin, es bien diferente del anterior modelo internacionalista de Vigil, consistente en abrir Asturias a toda costa e integrarla en el mercado del mundo a golpe de viajes y de frases (como aquella de que necesitamos «vender, vender y vender»). Pero ambas gestiones, la rural y la internacionalista, son los mismos extremos que se tocan: no nos llevan a ninguna parte. O mejor dicho, esta política de Trevin nos devuelve al pueblo, al aislamiento, al ruralismo, que ya denunció Ortega y Gasset como un problema nuestro. Tre-

poco que pintamos. Asturias no saldrá adelante volviendo a La Aldea Perdida de Palacio Valdés, ni tampoco con aquella fuga hacia adelante de «la crisis positiva» ni con el discurso doctrinario de «arriba la competencia» de Vigil, porque de momento no somos competitivos en casi nada y tenemos muy poco que vender. Para empezar, Asturias sólo tiene dos caminos, uno es, como decía el propio Ortega, hacerse transitiva, esto es, comunicarse, salir a buscar el mundo y no esperar a que nos llegue, como hicieron con éxitos nuestros emigrantes, trayendo con las remesas e inversiones la modernización a la región. El otro camino es hacerse valer, hacer valer los grandes recursos técnicos, naturales y humanos que tenemos, superando la política de la boina y el favor, y reivindicar, como hace Pujol, nuestro peso his-

marchaba sobre ruedas —valga la expresión— más o menos deprisa, pero si el vehículo se veía obligado a frenar la marcha o se paraba por falta de gasolina (de protección estatal), entonces los empresarios, los conductores, se bajaban del coche y requerían a sus obreros, o bien para empujarlo o para exigir al Estado —con huelgas y manifestaciones— más gasolina: así, utilizando la fuerza de las organizaciones obreras, se obligaba al poder público a ceder, y el vehículo de la prosperidad económica de Asturias continuaba su camino con el empresario dentro, mientras los obreros podían volver a trabajar para ganar el pan y dar de comer a la familia. En resumen, que los trabajadores mineros y metalúrgicos, organizados sindicalmente, fueron decisivos para la buena marcha del negocio (del vehículo), porque sin su presión y su empuje el Estado no hubiera continuado hasta aquí suministrando gasolina y el vehículo estaría parado hace ya bastante tiempo.

Como es sabido, en la actualidad la situación es la siguiente: de esta economía centenaria, el empresario privado que iba conduciendo ha abandonado el coche, el viejo motor deteriorado consume demasiada gasolina, y el Estado —que ahora tiene que poner, además, al conductor— se resiste a suministrarla. Sólo quedan en pie los sindicatos haciendo lo de siempre: empujando y tratando de echarle gasolina al motor para que el vehículo económico siga andando. O dicho en plata: que todavía hoy los únicos que tiran con fuerza del carro son los sindicatos.

Hay que dejarlo escrito en honor a la verdad histórica y presente: Asturias le debe mucho a los sindicatos, a saber: los empresarios, sus negocios; los obreros, sus empleos y sus jubilaciones, y la región, su tradición democrática y su cultura política. Asturias es, efectivamente, una isla socialista rodeada de un mar conservador y nacionalista por todas partes gracias al peso de los sindicatos, a su arraigo, a sus luchas y a sus conquistas. En realidad, la izquierda asturiana la hicieron sobre todo los sindicatos, por eso nuestra región sigue siendo todavía, en la vida económica y política, la región más sindicalizada de todas.

La sindicalización de la región

Pero hacernos transitivos, hacer además valer nuestros recursos y, sobre todo, reivindicar con éxitos nuestros derechos requiere considerar el peso de Asturias en el conjunto de España. Históricamente, el Principado tuvo una fuerza motriz que fue el carbón —base de todo el entramado industrial— y una fuerza obrera que fue el movimiento sindical —base de todo el entramado político: juntas (con la emigración) han hecho la Asturias contemporánea.

Mejor dicho, la cosa fue así. El vehículo de la prosperidad industrial de Asturias tenía en efecto una fuerza motriz, un motor, que era el carbón, pero la gasolina para que marchara la ponía el Estado español en forma de aranceles protectores, subvenciones a la producción y mercados cautivos: sin el favor de la política económica el carbón no hubiera resistido la competencia. En nuestro vehículo económico los empresarios eran los conductores, pidiendo siempre al Estado más gasolina (más ayudas) para llegar a más mercados, para vender más carbón y para hacer más negocios. Todo

vinos vuelve atrás, a la política de la boina, a la política del favor, pero ya decía Cervantes hace siglos que no hay que pedir por favor lo que se puede obtener por la fuerza. No hemos aprendido nada.

En cambio, eso es lo que hace Cataluña con sus votos en Madrid o Extremadura con Ibarra desde Mérida. El otro día, Pujol volvía a amenazar con la confrontación proclamando que España le debe mucho a Cataluña, que «nos deberían dar las gracias» (sic) por su contribución a la gobernabilidad y la modernización españolas, y desde la proclamación del hecho diferencial catalán y vasco exigía todo el autogobierno porque Cataluña no es La Rioja o Extremadura. Se dirá que Asturias no es Cataluña, que no tenemos hecho diferencial, ni votos regionales para apuntalar al Gobierno del país, ni economía dinámica, ni empresarios modernos, ni tampoco a Pujol. Pero, ¿y qué decir de Rodríguez Ibarra y de Extremadura, hasta hace poco la última región de España. Extremadura, que tiene los mismos habitantes que Asturie, una región sin tejido industrial, sin tradición sindical, sin hecho diferencial, que no es ni una región histórica como la nuestra. Pues gracias a Ibarra y a la defensa de la dignidad de un pueblo, ahí está Extremadura cotizando en la Bolsa de las autonomías españolas casi como Cataluña.

Es un solo ejemplo, pero merece la pena recordarlo para saber lo

Notas al margen

Viene de la página anterior

He escrito una vez que Asturias está viviendo la transición al capitalismo, que está pasando desde una economía estatalizada a otra desamortizada, y también desde una política sindicalizada a otra política autónoma de partido. Pero nuestra peculiar transición al capitalismo, al mercado económico y político, no acaba de dar frutos porque aquí no hay, como en la vieja Alemania comunista, un gran programa de reconstrucción detrás. Aquí las movilizaciones y la presión sindical no bastan, porque ni los dirigentes políticos dan la cara, ni los directivos empresariales dan la talla: aquí, lamentable, no hay mucho que rascar.

En realidad, los empresarios en Asturias son sindicalistas de corbata que han vivido históricamente del presupuesto y que quieren seguir parasitándolo. Ya lo dijo hace casi un siglo Ramiro de Maeztu refiriéndose al progreso industrial asturiano, «debido en buena parte», escribía en *Hacia otra España*, «a la influencia política y a los chanchullos consiguientes». Maeztu, entonces demócrata radical, denunciaba en ese libro lo que llamaba «la clase golfista» que vive del Estado.

Pues bien, con un tipo de empresarios que utilizan los votos transfigados del CDS para pactar presupuestos y hacer sus consiguientes negocios, que viven de conseguir de la Junta algún dinero para obras locales, que critican la única inversión extranjera en la región —la Du Pont— y que, como el propio presidente interior Trevin, se atreven a decir que la empresa pública fue un mal para Asturias, no podemos ir muy lejos. Es muy fácil imaginar la región a partir de estos planteamientos: sin empresas públicas, sin empresas extranjeras y sin sindicatos fuertes, Asturias sería algo así como Cantabria pero sin los Botín y sólo nos faltaría un Hormaechea cualquiera, un capitán de cemento, para completar el cuadro de la nueva región que pintan estos empresarios y Trevin.

Así no vamos a ninguna parte. En Asturias no sólo falta el programa de reconstrucción y los marcos como en el este alemán, falta también —y esa es nuestra responsabilidad— un presidente y un autogobierno que no estén hipotecados entre el modelo caballeresco y el servilismo a Madrid. Aquí falta un empresario innovador y una burguesía ilustrada comprometidos con las instituciones autonómicas. Aquí falta un Gobierno que gobierne en nombre de toda Asturias. Aquí falta, por decirlo con una imagen, un Ibarra con Extremadura detrás. Y así nos va.

La regeneración

Urge por tanto regenerar Asturias, salir de ese ruralismo político y empresarial que nos invade. Hay que regenerar la economía y la política asturianas, hay que renovar de una vez esta región para que nuestra tierra vuelva al lugar de primera fila que nos corresponde en el conjunto de España: renovar o morir.

Pero la cuestión es saber cómo se hace esta renovación de nuestro viejo Principado. Melchor Fernández Díaz, director de este periódico, planteó muy bien en cierta ocasión el problema: «Nos encontramos», dijo, «ante una incertidumbre. Cuando en el siglo XIX comenzó el despegue asturiano

no sabíamos lo que teníamos, y lo que nos faltaba era como convertir las potencialidades en algo efectivo. Es lo que pasa, por ejemplo, con Jovellanos. En cambio, en la crisis actual, nadie parece saber lo que realmente tenemos». En efecto, entonces sabíamos que teníamos el carbón y la cuestión era poder explotarlo industrialmente. Jovellanos es el primer asturiano de la historia por haber redactado la memoria completa del progreso de Asturias.

¿Y qué propuso Jovellanos? Que se construyeran caminos desde las minas a los puertos, que vinieran capitales, que se instalaran empresas, que se formaran técnicos y obreros para explotar con ventaja y vender con provecho nuestro carbón. Pero en su carta séptima a Ponz, que se dedica en concreto a analizar «la industria de Asturias», resume así, de forma magistral, su propuesta completa para conseguir «la felicidad» de su pequeño país: «Cuando mis paisanos tengan matemáticos, físicos, químicos, mineralogistas y dibujantes; cuando aprendan a emplear más útilmente los fondos; cuando sepan alcanzar del Gobierno los auxilios que nunca niega a los que le buscan con justicia y oportunidad, entonces tendrán fábricas y artefactos, podrán emplear en ellos un doble número de familias, y la población y la riqueza crecerán como la espuma; pero mientras falten tales auxilios, los progresos serán muy perezosos».

Aquí está todo dicho de corrido. Para salir del atraso necesitamos dos cosas: formar al capital humano (Jovellanos repite una y otra vez que «la ilustración es el primer paso que se debe dar») y conseguir auxilios del Gobierno. Pues ese sigue siendo todavía hoy el programa básico para el progreso de Asturias: formar a nuestra gente y lograr ayudas del Gobierno para rentabilizar nuestros recursos actuales, que ahora no son una sola materia prima mineral —el carbón—, sino varios recursos históricos elaborados; a saber, primero una gran tradición y experiencia industrial, técnica y cultural que deben ser aprovechadas para diversificar nuestro tejido económico y, segundo, una magnífica estructura urbana a lo largo del territorio y un espacio natural sin parangón que deben ser integrados para asegurar nuestra calidad de vida.

Pero lo primero es lo primero: la ilustración. Jovellanos insiste: «Es indispensable traer la ilustración a este país y yo aseguro a usted que tardará muy poco en ser industrial». De eso se trata, de hacer a los asturianos ilustrados, gente de luces: hay que hacer de Asturias una región de cultura, la primera región ilustrada de España que pueda formar a los cientos de matemáticos y físicos y químicos de esta hora, de donde saldrán los Severos Ochoas de mañana.

El recurso inagotable que hoy tenemos no es el carbón, sino el asturiano: hay que elaborarlo, hay que ilustrarlo, hay que formarlo. Ese es nuestro verdadero futuro, porque, como dijo el presidente americano Kennedy, «no conozco pueblo culto que sea pobre ni pueblo inculto que sea próspero».

Claro que para formarlo se necesitan altas escuelas de náutica y mineralogía, como la que consiguió para Asturias hace ahora dos siglos Jovellanos. Para formar mejor a los asturianos, para poner en valor



CDS y PSOE en una de las reuniones de discusión de los presupuestos del Principado.

nuestra experiencia técnica, para integrar nuestro territorio natural y urbano, para integrarnos en el mundo —hacernos transitivos— se requieren por tanto auxilios del Gobierno: no hay vuelta de hoja.

Ahora bien, ¿se puede hacer de Asturias una región de cultura, una región con un nuevo tejido económico, una tierra integrada y moderna, abierta al mundo, que pueda vender algo, que pueda competir, con esta política de boina, con esta gestión de pedanía rural, con

el plan de dinamización que en dos años no dinamizó nada? Rotundamente, no. A pesar de los pesares, me gustaría que Trevin tuviera éxito en su gestión porque su éxito sería el éxito de Asturias, pero tengo para mí que está pensando más en su partido y en su carrera que en la región. A este paso no podemos seguir por mucho tiempo más. Llegará el día en que todos los asturianos —y no sólo los sindicatos— tengamos que montar si es necesario otra nueva «Escandalería» para

dignificar el buen nombre de Asturias, para exigir que nos tiendan una mano en este programa de regeneración regional, porque hemos aportado mucho a España (y no sólo carbón y acero): en el pensamiento desde Jovellanos, en la construcción del Estado liberal y democrático desde las Cortes de Cádiz y en la cultura sindical y de izquierda desde el movimiento obrero. Nosotros, si fuéramos nacionalistas, podríamos decir tan alto como Pujol que «nos deberían dar las gracias», pero no lo decimos, no pedimos favores, simplemente queremos un trato de reciprocidad para renovar Asturias.

Este Principado necesita un «New Deal» económico y un Roosevelt político que lo saquen de su crisis. Necesita un Estado máximo y no un Estado mínimo como piden los conservadores, para que las inversiones contantes y sonantes en infraestructuras, cultura y tecnología lo saquen del declive. Necesita recuperar su tejido económico no tanto para levantar nuevas «catedrales» industriales como para diversificar sus estructuras productivas. Necesita al Estado español más que nunca porque sin su apoyo volveremos a los ajustes malthusianos de la historia. Asturias necesita renovarse y la debemos renovar todos juntos dándole lo que intentamos dar a nuestros hijos: una base económica segura y una educación sólida para el porvenir. Así saldremos adelante, porque, como dijo John Stuart Mill, «el valor de una nación no es otra cosa que el valor de los individuos que la componen».

Quando hablamos del placer de conducir un Audi 80 también nos referimos a esto:

TAE 8,5%

Desde 33% entrada.

Ejemplo de financiación del Audi 80 2.0

PVP	3.055.000 pts*
Entrada	1.055.000 pts
48 cuotas	48.900 pts

Si está pensando en un Audi 80, en versión 2 litros o Tdi, este es el mejor momento para pasar a la acción. Ahora puede disfrutar del placer de conducir un Audi 80 totalmente equipado con las mejores ventajas económicas: sólo con un TAE anual del 8,5%. No deje pasar esta

oportunidad de ponerse al volante de un automóvil de vanguardia. En su concesionario Audi.

*PVP recomendado en Península y Baleares (IVA, transporte e impuesto de matriculación incluidos). Oferta no compatible con otras promociones. Financiación Audi Credit, producto Fiset. Oferta válida sólo para vehículos en stock matriculados antes del 31/12/93.

Audi. A la vanguardia de la técnica.



Red de Concesionarios Audi